

RESUMEN

El texto propone una lectura amplia del término pedagogías feministas a partir de dos experiencias personales en un entorno institucional. Las metodologías educativas se cruzan con cuestiones de raza, clase, género u orientación sexual y se plantea su revisión dentro de los marcos institucionales culturales hegemónicos.

ABSTRACT

The text proposes a broad reading of the term feminist pedagogies from two personal experiences in institutional environment. Educational methodologies intersect with questions of race, class, gender or sexual orientation and their revision is proposed within the hegemonic cultural institutional frameworks.

PALABRAS CLAVE

Pedagogías feministas
Crítica institucional
Pedagogías críticas
Contra-relatos

KEYWORDS

Feminist pedagogies
Institutional criticism
Critical pedagogies
Counter-narratives

Me resulta tan complicado como estimulante escribir sobre eso que en los últimos años llamamos pedagogías feministas. Hasta donde yo sé, no es una rama científica de la pedagogía, aunque ya son muchas quienes en nuestro contexto han teorizado y 'practicado' el tema a través de textos, talleres educativos, seminarios y actividades diversas. En mi trabajo yo misma reivindicó una posición feminista en la educación, pero ahora que me invitan a pensar sobre el tema reivindicó también la cautela y la inseguridad para hablar de ello.

La propia terminología me genera las primeras preguntas: ¿pedagogías feministas?, ¿pedagogías inclusivas?, ¿pedagogías *queer*? Estoy a favor, como en tantas otras nomenclaturas, de poner en el centro la palabra feminismo, entendida como una de las prácticas de intervención social y de transformación política más relevantes de la modernidad. En esa definición caben muchos sujetos, muchas luchas. Alineada con las posturas más radicales, creo fundamental ampliar el foco y salirse del binomio hombre-mujer para pensar que el sujeto del feminismo es múltiple y está inevitablemente cruzado, no sólo por factores de género sino también de raza, de clase o de orientación sexual.

Agarrándome al famoso lema de Millet he decidido redactar estas notas partiendo de dos experiencias personales para extraer de ellas una serie de ideas que puedan lanzar algo de luz al tema, interesada en vincular educación, feminismo e institución cultural.

Escenario N. 1:

Soy educadora y estoy haciendo un taller en una escuela con un grupo de chicas y chicos de unos doce años. Una de ellas me pregunta si tengo novio.

No, tengo novia.

Entonces ella queda pensativa unos segundos, me mira muy seria y en seguida procesa la información para volver a preguntar.

¿Y vivís juntas?

¿Vivir juntas? ¿Para qué? Le digo.

Queda pensativa.

Escenario N. 2:

Llego a trabajar el lunes y mi compañera me habla sobre la inauguración de la exposición el viernes anterior, hubo un gran evento con mucha gente, comida y bebida gratis para quien se acercara. Otra compañera nos oye y entra en la conversación: *sí, y no veas como bebían cerveza vuestros chavales, los moros, las pillaban de dos en dos.*

A partir del escenario N.1 quiero profundizar en la importancia de ser conscientes de nuestras posiciones en la enseñanza. Dependiendo del contexto y de cómo nos situemos en él es posible activar análisis críticos sobre las estructuras normativas de pensamiento. En ese sentido, me parece importante generar espacios disruptivos en los que pensar colectivamente sobre cuestiones fundamentales como la legitimación de ciertas prácticas sexuales frente a otras, o sobre cómo validamos ciertos modos de organización social como por ejemplo la familia nuclear tradicional.



¹ bell hooks, "Teaching to transgress: education as the practice of freedom", p. 138, Routledge, 1994.

Pero además de poner el acento en las temáticas que trabajamos en los procesos educativos, además de que es necesario incluir contenidos feministas en la educación, es interesante también reflexionar sobre las formas que nuestras acciones adoptan: ¿cómo hacemos lo que hacemos? Cuando bell hooks, en una conversación con un compañero de trabajo, aborda el tema de la presencia de la profesora como cuerpo en el aula, dice: "... las primeras veces que intenté moverme más allá de mi mesa, me sentí muy nerviosa. Recuerdo que pensé: *Esto realmente va de poder. Realmente siento todo mucho más 'bajo control' cuando estoy tras el pódium o la mesa que cuando camino hacia mis alumnas, me pongo cerca de ellas, incluso cuando las estoy tocando.* Darme cuenta de que somos cuerpos en el aula ha sido importante para mí, especialmente en mis esfuerzos por alterar la idea del profesor como alguien omnipotente, como una mente que todo lo sabe."¹

En el momento de entrar en contacto con un grupo de personas en un escenario en el que los roles y las relaciones de poder están bien marcados (unas vienen a aprender y otras vienen a enseñar), puede ser clave presentarse como alternativa a la norma, y desde ese lugar intentar poner en cuestión dichos roles, empezando por el propio. Empezar a mirarte críticamente supone seguir por mirar críticamente a tu alrededor. Pasemos pues de hablar de los feminismos a practicarlos, a encarnarlos, a construir espacios seguros y diversos no sólo atendiendo a quienes están en ellos sino a los modos en que enseñamos.

El escenario N.2 por su parte me ayuda a apuntar hacia la importancia de pensar a través de qué prácticas institucionales nos organizamos. No creo que deba ser tal o cual área del museo o del centro cultural la que asegure un mínimo de contenidos feministas o antirracistas en el programa, hay que llevar la reflexión a un plano mucho más profundo. En el ejemplo citado, un grupo de personas entra en un contexto muy connotado: una inauguración de arte contemporáneo. Ese contexto a priori no le pertenece, así que el grupo pasa a ser leído como cuerpo extraño y extranjero, fundamentalmente porque presenta ciertos rasgos (de raza, de clase) no compartidos con quienes tienen la legitimidad de ocupar ese lugar (artistas, comisarios, personal laboral del museo, etc.).

Tal y como apunta Sara Ahmed, ciertas emociones como el miedo se colectivizan y llevan a las comunidades a cerrarse sobre sí mismas para excluir al otro y reforzar así su identidad. En situaciones de exclusión como estas, quien tiene miedo ocupa un lugar de privilegio y pasa a ser opresor. Si en lugar de ser chavales marroquíes que participan en un programa educativo quienes beben las cervezas fueran por ejemplo alumnas y alumnos de Bellas Artes, el comentario probablemente sería otro o no existiría. Me interesa mucho explorar la posibilidad de hacer pedagogía hacia fuera y hacia adentro de la institución, afectar con nuestras prácticas también a quienes formamos parte de la estructura, repensarnos no sólo a través de un debate programático sino más allá.

Hoy en día parece que hemos interiorizado intensamente el hecho de generar programaciones inclusivas, sobre todo en términos de género, pero nos cuesta mucho más pensar críticamente en las lógicas capitalistas y patriarcales que organizan nuestras instituciones. A pesar de incluir contenidos antirracistas y feministas en los programas, a pesar de las críticas que rescatamos de los movimientos sociales, de los feminismos o de la teoría decolonial, la institución cultural continúa reforzando miradas y verdades que se sitúan en la dialéctica de poder preexistente, vertical, autoritaria y autorizada. Por eso necesitamos seguir cuestionando metodologías y posibilitando nuevos escenarios desde la práctica que generen contra-relatos.

La educación en ese sentido puede ser una clave de trabajo. Me parece fundamental tener muy presentes determinadas prácticas pedagógicas (deconstructivas, críticas) que pongan en el centro los feminismos y que colaboren en repensar los museos y centros de arte como lugares excluyentes en los que ciertos cuerpos tienden a ser expulsados, teniendo en cuenta también dentro de qué límites podemos movernos, qué procesos de des-aprendizaje podemos iniciar y sobre todo, qué tipo de nuevas afirmaciones construimos a través de nuestra práctica.

Es muy importante generar recursos para hacer nuestra educación más feminista, pero no creo que se trate solamente de escribir un manual sobre pedagogías feministas, con sus unidades didácticas y metodologías. Como pasa con otro tipo de prácticas políticas, el tema tiene también mucho que ver con traer desde nuestras casas ciertos posicionamientos incorporados, con tener una forma de mirar al mundo.

Tenemos que insistir en nuestra crítica para generar un conjunto de voces que compartan formas de trabajo, que vayan más allá de lo políticamente correcto y que posibiliten la aparición de nuevos escenarios. Tenemos que traer al centro esas miradas, para dejar de ser la excepción.



LEIRE SAN MARTIN

TABAKALERA DONOSTIA

Su trayectoria profesional se desarrolla en torno a la educación y la programación en el campo de la práctica artística contemporánea. Ha trabajado en varios proyectos, entre otros, la investigación Una arqueología de la mediación del programa Tratado de Paz (Donostia-San Sebastián 2016) junto a Sara Martín; Superbia. Ulrike Ottingerren 8 film con Sahatsa Jauregi; o la coordinación de Cine_ ilegal en Bulegoa z/b. Desde 2014 es responsable del área de Mediación de Tabakalera Donostia y coordina, en colaboración con Josebe Iturrioz, Feministaldia. Festival de Cultura Feminista. En los afueras del trabajo participa en movimientos sociales feministas y antirracistas en Donostia, ciudad en la que vive desde 2012.